

## **POLICY BRIEF**

### **SÍNTESIS DE IMPLICANCIAS POLITICAS**

“las dificultades del pensamiento crítico no proceden tan sólo del exterior, sino de sí mismo, de sus resistencias a reflexionar sobre sus fracasos, no solo sobre sus derrotas, siempre atribuibles, en última instancia, a los recursos del adversario” (Altamirano)

Los objetivos generales de la investigación fueron conocer bibliométricamente las dinámicas de la producción de las ciencias sociales de América Latina. Para ello, analizamos tres disciplinas, la sociología, la ciencia política y la economía; en cinco países de la región: Argentina, Brasil, Chile, Colombia y México.

Los resultados de la investigación confirmaron algunos análisis y puntos de vista conocidos y abrieron, por otra parte, nuevas dimensiones para discutir.

El primero es que la producción ha crecido en todos los países y en todas las disciplinas, tanto en las indexaciones Wok-ISI-Thomson como también en el referente “periférico” SCIELO.

En segundo lugar, y esto es muy importante, que en los últimos 20 años, para el caso de ISI, las ciencias sociales no aumentaron la brecha respecto del total de la producción científica general en los países considerados: sólo nuestras tres disciplinas consideradas multiplicaron su producción 5.18 veces, mientras que el total aumento 5.27. Si hubiéramos considerado otras disciplinas, como la geografía o las relaciones internacionales o la antropología, en verdad constataríamos que la brecha disminuyó. Eso habla bien de una comunidad de las ciencias sociales activa e intensa, aunque estas 3 disciplinas representan el 1% del total, lo cual en términos absolutos significa poco.

En tercer lugar, que este crecimiento ha sido notable en los últimos 5 años, pues constituye el 55% del total del período 1993-2012.

En cuarto, que este crecimiento de las ciencias sociales es diferenciado: mientras la economía lidera este crecimiento en ISI; la sociología lo lidera en SCIELO.

En quinto, que la ciencia política ha crecido sostenida y coherentemente en ambos tipos de indexación.

Quinto resultado, sobre países, nos indica que hay cierto grado de especialización relativa en ISI: mientras la ciencia política es fuerte en Argentina; la economía es muy fuerte en Chile y Colombia; mientras la sociología en México y Brasil. En Scielo, Chile, México y Brasil se destacan en sociología, mientras Colombia en economía y Argentina y Colombia en ciencia política.

Sexto, mientras la evolución de Brasil, Chile y Colombia es rápida; México y Argentina muestra una evolución más plana.

Séptimo, las redes de colaboración son tupidas y más variadas en México y Brasil, explicadas principalmente por el factor demográfico. Pero la red de economía en Chile

posee una componente gigante que probablemente explica el número de trabajos de ese país en esa disciplina. Argentina y Colombia tienen redes básicas en todas las disciplinas.

Finalmente, en base al análisis de las palabras claves, los tópicos de los trabajos latinoamericanos son mayoritariamente de corriente principal; mientras los tópicos asociados como de “pensamiento crítico” son cultivados mayoritariamente por autores del norte.

Da la impresión que ninguno de los autores latinoamericanos tiene aspiración alguna a desarrollar los tópicos asociados a la teoría de la dependencia y la teología de la liberación, que alguna vez encarnaron la identidad intelectual del continente. Sin embargo, son ideas que fueron traspasadas y hoy son cultivadas por autores del sur y del norte.

Al respecto, ya como reflexión y mirada política, pensamos que es baladí definir al pensamiento crítico por contraste, como la postura opuesta, en acrisolada versión que se distingue del neoliberalismo, al marxismo de los sesenta y al pensamiento liberal-desarrollista. Visto así, habría que pensar que es un espacio intelectual muy pequeño, al menos social y políticamente hablando, pero nos da claves en el sentido que se comprende a partir de las relaciones que establece con estos tres referentes.

La literatura sugiere de distintas maneras un vínculo del intelectual con el movimiento social, y por tanto, un vínculo de los tópicos científicos con los de las mayorías nacionales o el pueblo. Esto es interesante porque sugiere la idea que la característica de los intelectuales latinoamericanos es fusionarse con sus pueblos, con o sin ideas de por medio. Un buen ejemplo de esta cercanía es la postura de los intelectuales en relación al desarrollo institucional de las universidades en la región. Es decir, casi todos apostaron (y siguen apostando) a que la universidad debe ser un caldo de cultivo para las transformaciones sociales, luego académicamente se dedican a preparar escenarios pre o proto-revolucionarios, con o sin ideas o teorías de por medio, precisamente porque éstas los harían aparecer como sospechosos y no comprometidos con “la causa”. Esta cercanía ha impedido la autonomía relativa que todo pensamiento crítico debe tener respecto de los eventuales usuarios de éste. Luego, la intelectualidad en general ha sido cómplice, pero también socio, de la ignorancia descriptiva y explicativa de nuestras realidades sociales y políticas en América Latina. La universidad, al ser vista como otro bastión anti-imperialista más, no ha podido proveer de un espacio para el desarrollo de ideas propias. De hecho, las dos grandes propuestas inspiradoras, la teoría de la dependencia y la teoría de la liberación, no surgieron en las universidades y no fueron académicamente desarrolladas en ellas.

Algunos de los desafíos arquitectónicos del pensamiento crítico latinoamericano están bastante bien establecidos: una concepción de democracia cuyas piedras fundamentales sean los derechos humanos, que integre la historia indo-americana, afro-americana y latino-americana en un relato de identidad compartida; una concepción de desarrollo desde adentro hacia afuera (metáfora cuyo poder siempre ha sido subestimado) que fortalezca lazos entre países vecinos y promueva acciones conjuntas hacia afuera; y, finalmente, una educación popular a lo Freire que tienda puentes hacia el patrimonio y “momentum tecno-científico” de la civilización contemporánea.

La autonomía y la dependencia académica de América Latina se juegan, como hemos visto, en el plano de la bibliometría, la epistemología y la política.

En el plano bibliométrico porque, pensamos, la racionalidad capitalista o moderna de la eficiencia (esto es, hacer más cosas en menos tiempo) finalmente llegó al mundo de las artes y las ciencias, en suma, al mundo de la cultura creadora. Naturalmente, este arribo es parcial y no podría ser de otro modo: no hay forma de planificar la creatividad en términos de sus *modus operandi* como tampoco en el plano del número de productos que ella arroja. Pero, por otro lado, de algún modo, se sabe bastante cómo incentivarla y por ende, crecen las expectativas respecto de – más o menos – que podemos esperar, en productos. En ese sentido, la bibliometría llegó para quedarse en la organización, quizás, que más se resistió a la medición de productividad en el mundo moderno, cual es la universidad y en menor escala, el mundo del laboratorio. Entonces, tenemos la siguiente interpretación: las grandes transformaciones del mundo académico (fundamentalmente universitario) que la literatura plantea como transformación neoliberal de la educación superior, es un conjunto de fenómenos variados. Por un lado, los recortes presupuestarios de las universidades públicas y el crecimiento del número de universidades privadas están en directa relación con el auge del neoliberalismo y las políticas de ajuste y re-estructuración en América Latina. Pero por otro lado, el fenómeno mundial de la indexación de las publicaciones científicas se vincula, a nuestro juicio, con la extensión de la medición de la eficiencia en las organizaciones modernas, en este caso, del último bastión, la creatividad en el mundo libre de la universidad y las instituciones de la cultura superior. Insisto en el hecho que esta llegada es parcial, ya que los directivos y gestores de las instituciones de cultura superior aún están imbuidos del *ethos* artístico y científico que conoce y respeta el axioma que “es distinto producir un automóvil que elaborar una teoría”. Pero es indudable también que debido al hecho que existe un conocimiento suficientemente sólido sobre cómo incentivar la creatividad científica, las universidades y laboratorios tienen la expectativa de que los científicos produzcan algo razonable en ciertos plazos. Así, se espera que los académicos publiquen al menos un trabajo por año, consigan fondos de investigación o grants cada 2 o 3 años y publiquen un libro cada cierto número de años. Crecientemente estas modalidades se extienden también en América Latina, especialmente en Chile y Brasil, pero también en otros países de la región. Por cierto, esta modalidad está entrando en crisis debido a que ya es muy complejo saber que calidad y originalidad posee la investigación científica, en un mundo donde la publicación se multiplica tan velozmente y existe una intercalación tan evidente de contenidos entre los journals.

Esto nos lleva al segundo punto, cuál es el de qué tipo de pensamiento podemos desarrollar en las ciencias sociales en regiones periféricas como América Latina. La pregunta que formulamos tuvo su origen en la idea que las prácticas de trabajo e investigación de las ciencias sociales latinoamericanas adolecían de una perspectiva epistémica robusta, debido a la influencia del “norte”. La epistemología de las ciencias sociales en el mundo latinoamericano cayó durante los ochenta y noventa en el sueño posmoderno y los relativismos de una academia europea, e incluso norteamericana, satisfecha y suficientemente aislada del contexto científico general como para generar debates relevantes, social y políticamente, en vez de mera estética. Así, es urgente volver a un realismo epistémico, pues no se avanza ni un ápice planteando que existe un correlato entre culturas y epistemes, y que, en consecuencia, la cultura LA debe tener su propia episteme. Y que, si no la tiene, hay que inventarla. El realismo epistémico consiste, también, en aceptar que la cultura científica-tecnológica es la cultura

dominante por una razón robusta: simplemente, es la mejor manera de comprender y dominar la naturaleza. Las diatribas contra la ciencia y los científicos en los últimos 30 años pertenecen a un movimiento intelectual que es representativo del fracaso de la izquierda cultural anglosajona de los años 70. El rechazo al cientificismo se ha confundido con el rechazo a la ciencia, así como el rechazo al positivismo y a la idea de progreso lineal del conocimiento se ha confundido con el rechazo a la evidencia empírica, los datos, los métodos cuantitativos y la idea de progreso analítico y acumulación de información (aceptando que es cada vez más difícil progresar en el contenido propositivo de las teorías). Si las ciencias sociales traducen esto de una manera modesta, esto es, aceptando que las ciencias sociales son un tipo de razonamiento científico, entonces las ciencias sociales latinoamericanas deberían empezar a rechazar los planteamientos anti-científicos, abrazando la cultura científica-tecnológica en general y promoviendo más reflexiones epistémicas cuyo foco sea las teorías mismas sobre la región, que fue exactamente lo que hicieron nuestros padres fundadores” como Medina o Prebisch.

¿Qué política científica y tecnológica conviene a América Latina? ¿Qué política conviene al desarrollo de las ciencias sociales de la región? ¿Pueden las ciencias sociales hacer una contribución política al desarrollo de América Latina?

La primera política corresponde a un set de acciones que deben ser llevadas a cabo por las mismas comunidades locales de investigación en ciencias sociales. Se desglosa en el derribe de varios mitos, tales como que la brecha está aumentando entre las ciencias naturales y las ciencias sociales, que la producción ISI es baja (por qué no hay revistas) y que los tópicos y categorías latinoamericanas no tienen recepción en el norte. Así, el espíritu general de una política para las ciencias sociales consistiría en promover que el pensamiento latinoamericano en ciencias sociales, si se concentra en los procesos, eventos, actores, magnitudes y estructuras “en-si-mismas” tiene una probabilidad baja de ser presa de categorías no pertinentes, tergiversadoras o vacuas provenientes de la “teoría” eurocéntrica. El principal efecto podría ser empezar a pensar por nosotros mismos. Después de todo, ¿qué es una teoría sino una arquitectura abstracta que alguien imagina para representar la realidad? ¿Qué es una categoría sino un concepto que sintetiza una complejidad empírica? El gran problema del pensamiento latinoamericano es que antes de mirar la realidad nos hemos tapado los ojos con categorías y teorías impertinentes.

La segunda política es reformar los estudios y las prácticas universitarias: una de las causas de la reproducción del pensamiento eurocéntrico es que la formación de científicos sociales en América Latina es eurocéntrica. Es decir, la formación universitaria de pre y postgrado en América Latina es deficitaria y no pertinente. Tomando el caso de la sociología, se podría plantear que para cultivar el pensamiento propio, hay que enseñar a los noveles científicos sociales a pensar con categorías pertinentes, que recojan la tradición universal y la integren con el pensamiento latinoamericano. Hay que integrar a Weber, Parsons y Bourdieu (e.g.) con Medina, Fernandes, Germani, Zabaleta y Faletto; pasando por Frantz Fanon, Nazmul Karim y Yoneji Masuda. En los aspectos instrumentales y metodológicos, habría que dejar de enseñar metodología con textos de manual y desvinculado de investigaciones reales de grupos activos al interior de las unidades académicas, empezando a trabajar en talleres colectivos de investigación fuertemente vinculados con el procesamiento y análisis informático de datos.

Hay muchas otras reflexiones que hacer, pero para terminar, solo refrendare la idea que una política científica para el desarrollo de las ciencias sociales de la región debería contar con la complicidad de sus comunidades de investigación, en especial para seguir desarrollando publicaciones en los circuitos internacionales sin abandonar SCIELO y fortaleciendo la colaboración entre pares y entre disciplinas.

**Jorge Gibert Galassi** es un sociólogo y filósofo chileno. Profesor Doctor, Universidad de Valparaíso. Premio IV Certamen Latinoamericano de Ensayo Político, *Revista Nueva Sociedad* (1989). Publicó el libro *La conexión libertad – determinismo. Una reconstrucción filosófica de las ciencias sociales* (2006) y *Epistemología de las Ciencias Sociales* (2012). Sus áreas de investigación actual son los estudios sociales de la ciencia, la tecnología y la innovación; y adicionalmente, la filosofía de las ciencias sociales.

jorge.gibert@uv.cl